

Algunos problemas que conlleva el ser psicoanalista y fundar instituciones psicoanalíticas

*Fernando M. González**

Resumen

El escrito busca describir algunos efectos constringentes de las instituciones psicoanalíticas, entre otros la tendencia a conformar grupalizaciones tipo sectas, que terminan por interferir de manera sustancial el análisis de los analistas. Además, en la medida en que la dimensión institucional tiende a fantasmaticarse o a volverse un puro producto de proyecciones de un mundo interno, se termina por refractarla en los problemas “personales de los analistas” y, por lo tanto, el lazo institucional queda reducido a la suma de los problemas familiares de los analistas. Por otra parte, el postulado freudiano del mito del padre asesinado por los hijos, si bien ayudó a pensar los fantasmas parricidas y matricidas que atraviesan a las instituciones, terminó por constituirse en un obstáculo para entender las diferencias entre engendrar y fundar. En el texto se alude a diferentes maneras de fundar y al tipo de supuestos que implica la confusión entre padre y fundador.

Palabras clave: instituciones psicoanalíticas, sectas, mitos, analistas.

Abstract

This paper aims to describe some constricting effects of psychoanalytical institutions, such as the tendency of forming sect-type groups, which end up interfering substantially in the analysis of analysts. As the institutional dimension tends to become more unsubstantial or a sheer product of the projections of an internal world, it ends up being reflected in the «personal» problems of the analysts, hence the institutional bond is reduced to the sum of the family problems of the analysts.

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Additionally, even if the Freudian postulate of the myth of the father killed by his children helped thinking about the patricide ghost that haunts the institutions, it ended up becoming an obstacle to understand the differences between fathering and establishing. Reference is made in the text about different ways of founding and the assumptions implied by confusing father and founder.

Key words: psychoanalytical institutions, sects, myths, analysts.

Introducción

Sostener algunos postulados claves de la teoría psicoanalítica y atreverse a practicar el psicoanálisis entraña exigentes consecuencias. Por ejemplo, si se acepta la noción del inconsciente —más allá de sus diferentes teorizaciones—, no queda sino tratar de hacerse cargo de éste en los actos que se emprenden; es decir que, en el caso de la profesión de analista, no es deseable separar limpiamente del ejercicio profesional lo que se vive, se siente y se piensa en la vida privada.

A un físico, por ejemplo, no le es necesario introducir en el cálculo de la trayectoria de un cometa las maneras de vivir sus relaciones amorosas; ni a un matemático para desarrollar la fórmula de un puente le es preciso considerar su manera de pensar la homosexualidad, lo mismo que a un comerciante, para la venta de un producto, no se le exige considerar el tema del ejercicio del poder en las instituciones. En cambio, a los psicoanalistas no se les ahorra el tener estas cuestiones muy presentes y en interrogación en el ejercicio de su escucha e interpretación.

El psicoanalista debe tratar de hacerse cargo de su inconsciente y de las posibles consecuencias que acarrearía lo no analizado en éste, pues ello se constituiría en obstáculo para entender los efectos que la palabra del analizante pueda provocarle y resignificarle de su propia historia. Pero además, no puede olvidar que, para atreverse a interpretar a otro, mínimamente debería haber reflexionado acerca de la prepotencia que esta actividad implica, en la medida en que se cree capaz de hurgar en las palabras y los silencios del otro que se confía en su escucha, e incluso cree poder hacer algo por él, luego de haberse sometido a un análisis.

El análisis del analista y la institución

El análisis del analista ciertamente no se da en el marco contextual al que se somete un neurótico común; en cambio, el dispositivo que recibe a los aspirantes a psicoanalistas se da en el interior de un tipo de transferencia e implicación institucional que trasciende con creces cuanto ocurrió, se bloqueó o quedó inscrito de manera virtual en la historia infantil.

La situación en que esto ocurre no debería ser evitada o soslayada en el análisis de los analistas, puesto que entraña fenómenos como las relaciones institucionales, las admiraciones u obediencias a la corriente del momento o al analista consagrado —o endilgado, según los casos—; también, la adecuación beata, sumisa, conformista o crítica a la escuela o las escuelas, institución o instituciones que controlan los accesos a la legitimidad de la profesión.

Esto lleva a la conclusión de que el análisis de los analistas introduce variables que recolocan a ambas partes de la relación en una circunstancia que ya no puede ser reabsorbida con buena conciencia en la conceptualización del dispositivo analítico clásico.

Se puede postular que los llamados “análisis didácticos” son *los más interferidos e interferibles de todos*, precisamente porque la institución analítica se hace presente de una manera diferente a la de los análisis de la gente común.

Una nueva dificultad se añade a la anterior, aunque en buena lógica la precede: se trata de aquella que se produce cuando se fundan instituciones para la reproducción de los analistas. En este caso, se da un proceso de equivalencia con no importa qué tipo de fundación, aunque teniendo cuidado de mantener ciertas especificidades, por ejemplo, que se trata de instituciones que aspiran a ser *semitotales*.

El antropólogo Erving Goffman habla de instituciones totales cuando se rompen las barreras que separan de ordinario las diferentes actividades de la vida cotidiana y se concentran en un solo lugar, como es el caso de las cárceles, los conventos, etcétera. Por tanto, señala que “el hecho clave de las instituciones totales consiste en el manejo de muchas necesidades humanas mediante la organización burocrática de conglomerados humanos indivisibles” (Goffman, 1972:20).

Las instituciones psicoanalíticas, al concentrar el análisis individual, los seminarios y las supervisiones, además de las fidelidades, tienden a casi totalizar la vida de los formandos y los formadores, aunque no todo esté concentrado en un mismo lugar físico; basta saber y sufrir el peso imaginario y real de lo institucional para entender las diferencias con aquellos que sólo vienen para analizarse sin participar de las vicisitudes de la vida institucional de los analistas.

Es suficiente que el analista participe de un juego de poder, aunque sea irrisorio;¹ que escuche en los análisis lo que ocurre en los seminarios y las supervisiones, y se cargue con ello sin poder derivarlo únicamente hacia el análisis de sus propios conflictos. Es suficiente que se utilicen los conceptos psicopatológicos para descalificar a los colegas, o se usen las informaciones de diván para tomar determinadas posiciones, o se intente utilizar a los propios analizados, alumnos o supervisados para tratar de implementar estrategias contra los rivales, etcétera, para que se pueda apreciar el peso constringente que puede adquirir la institución psicoanalítica entre los psicoanalistas o aspirantes a tales.

Lo más grave de todo esto es que tal tipo de material tiende a quedar como un resto parásito que produce efectos colaterales cuando se evita encararlo colectivamente. Añadamos a esto el hecho de que en la mayoría de las instituciones psicoanalíticas, en lugar de afrontar las relaciones institucionales, se tiende a refractarlas en los divanes de cada quien, pues se considera que todo es cuestión de falta de análisis personal; entonces, se acepta acríticamente que la teoría y la práctica analíticas pueden sin problema dar cuenta del efecto institucional en cada individuo.

Aquí se manifiesta un típico prejuicio de la teorización analítica, a saber: las instituciones se reducirían a ser solamente la pantalla de proyección de los objetos internos de cada quien (línea kleniana), o de las fantasías (línea freudiana), o de ciertos significantes anudados a un ternario (línea lacaniana). En síntesis, el *efecto diván* que refracta, individualiza y fantasmaliza lo institucional, aunado al modelo de la masa participando supuestamente de un mismo objeto de amor u odio —tomado de Freud sin dudar un poco—, más una concepción familiarista de la institución hacen el cuadro completo: las relaciones institucionales

¹ Como casi siempre lo es en el caso de las instituciones analíticas.

se vuelven invisibles. Ahora bien, esta casi totalización de la vida de sus miembros con el tipo de conflictos posibles que trae aparejados, ¿es inevitable como tal? La respuesta debe ser matizada, ya que depende del tipo de modelo institucional puesto en juego. Adelantemos que, si no todo está jugado de manera inevitable, de los conflictos y contradicciones ninguna institución se libra.

Dos modelos institucionales complementarios

Sin pretender ser exhaustivo, la institución psicoanalítica conformada desde el modelo de una causa a ser defendida de las desviaciones, o como detectora de las desviaciones ya ocurridas, instituye un tipo de socialidad que marca de una manera sectaria a los que asumen acríticamente cualquiera de ambos modelos.

El primer modelo, altamente endogámico, corresponde más al instituido por Freud y sus discípulos y analizados. Los discípulos nunca terminarían siendo plenamente colegas —por la especificidad del tipo de fundación—, hipotecados y endeudados de por vida como estaban ante quien ocupaba a un tiempo las funciones de productor central de la teoría y del procedimiento técnico, analista didáctico, supervisor, maestro y cofundador de la institución. Y digo bien cofundador, porque, al menos en ese punto, la fundación que se daba entre adultos los colocaba en una situación de igualdad. Sin embargo, dadas las funciones anteriores de Freud, terminaron como la generalidad de las cofundaciones, *familiarizándose* y colocando a Freud como el *primus inter pares*. Y además lo concibieron, según su teoría familiarista, como el padre fundador indiscutido, aunque sujeto —como todo fundador que se respete, al igual que sus discípulos— al juego incesante de los fantasmas parricidas —o matricidas— avalados por la propia teorización psicoanalítica.² Volveré sobre

² Sándor Ferenczi, a quien se puede considerar el productor más destacado de sus ideas, que finalmente se transformó en el “delfín declarado”, según sus propias palabras, escribe respecto del autoanálisis de Freud y de la construcción teórica del complejo de Edipo lo siguiente: “Fr [Freud], contra todas las reglas establecidas por él mismo, adoptó al Dr F [Ferenczi] como a un hijo. Como lo supe por él mismo, lo consideraba como el heredero más acabado de sus ideas. Y finalmente, se transformó en el delfín declarado. Es

esta cuestión *que tiende a confundir desde el origen, en el propio ámbito del psicoanálisis, fundar y engendrar, la paternidad y lo fundacional.*

Para colmo, este primer modelo –al que siguió el del Instituto de Berlín, que introduce diferencias que no voy a tratar aquí– estuvo cruzado por la preocupación de mantener la doctrina intacta y a salvo de posibles desviaciones, para lo cual no se tuvo mejor idea que introducir una variante de las sociedades secretas, que implicaba un comité secreto, con anillo incluido, para cuidar la pureza de la doctrina. Esto traía aparejada su consecuente miniinquisición. Si algo podía ser contrario al postulado técnico de la libre circulación de la palabra y asociación que propone la regla analítica, era este secreto enquistado en el corazón de la organización institucional.

El segundo modelo, más actual, suponía una cruzada purificatoria una vez “constatadas” las “desviaciones”. Lo instituyó Jacques Lacan, quien desgraciadamente no realizó una crítica a fondo del modelo originario –aunque no muy original–, a pesar de su sofisticada propuesta teórica.

algo parecido a lo que Fr[eud] parece haber esperado de Jung, de donde se explican los dos síntomas histéricos que había observado en él: 1º: el desvanecimiento en Breme, segundo, la incontinenencia en Riverside-Drive, a lo que se agrega allí el pequeño fragmento de análisis que nos propuso: morir desde el momento en que el hijo viene a tomar su lugar y regresión a la infancia [...] La idea angustiante, quizás muy fuerte en el inconsciente, de que el padre debe morir cuando el hijo se hace grande, explica su temor de permitir a alguno de los hijos hacerse independiente. Al mismo tiempo, eso nos muestra que Freud, en tanto hijo, quería verdaderamente matar a su padre. En lugar de reconocerlo, estableció la teoría del Edipo parricida, pero manifiestamente sólo para los otros y no en relación a sí mismo. Se encuentra allí su temor de dejarse analizar, incluso también la idea de que en los humanos civilizados adultos los impulsos revelan pulsiones primitivas que realmente no existen [Páginas más adelante añade...] En su conducta Fr. juega solamente el rol de dios castrador, no quiere saber nada del momento traumático de su propia castración en la infancia; es el único que no debe ser analizado” (S. Ferenczi, *Diario clínico*, Buenos Aires, Conjetural, 1988, pp. 258 y 261). Lo que afirma Ferenczi no deja de resultar sorprendente, ya que se puede deducir que, para él, la carne y la sangre de la teoría del Edipo pasa de manera paradójica por algo no analizado en Freud, quien pudo emitirla gracias a que no la pudo terminar de dilucidar en él. Algo así como “en realidad construyó una teoría para no tener que dilucidar en sí mismo lo que le pasaba”. O, mejor todavía, que la teoría que construyó se mantiene perfectamente disociada, sin efectos analíticos –para Freud–, en este punto. Ello nos habla de la necesidad de cuidarse de no postular una causalidad mecánica entre el análisis y la producción de conceptos analíticos.

Más aún, en la práctica repitió con creces algunos de los elementos más lamentables de aquél, e incluso los magnificó —aunque cofundaba L'École Freudienne de París en un contexto sustancialmente diferente del freudiano—, por ejemplo, repitiendo el modelo del líder carismático “cubrelotodo” ya adelantado por Freud.

Sus inteligentes planteamientos acerca del Gran Otro y sobre la fascinación atrapante del ideal, así como la noción de supuesto saber jugado en la posición del analista, o de la falta y el ternario, no lo libraron, ni a él ni a sus escuchas, analizantes y militantes, de la causa de “su” École, de repetir puntualmente la disociación que trae inscrita de manera insidiosa la teoría y práctica analíticas —y no sólo éstas—, a saber: cautivado por los conceptos, parecía bastar el emitirlos, sin tener que sacar las consecuencias éticas y analíticas que podrían traer aparejadas.

Lacan con su práctica institucional parece decir: “en la medida en que puedo hablar de los efectos cautivantes del ideal y del supuesto saber, me permito libramme de inquirir cómo se hacen presentes en mi posición institucional, en la que desempeño, como Freud, el papel de cofundador y productor de una teoría”. Esta teoría, según sus palabras, pretende reconquistar “el campo que Freud ha abierto para restaurar el filo cortante de la verdad [...] que vuelva a la praxis original que él ha instituido bajo el nombre de psicoanálisis [y] que por una crítica asidua denuncie las desviaciones y los compromisos que menguan su progreso y degradan su empleo” (Lacan, 1977:149).

Se trataba de un llamado a una cruzada purificatoria para arrebatarse a los supuestos ortodoxos el auténtico grial de la doctrina y práctica analíticas de Freud. Lacan, como “el delfín no declarado de Freud”,³ ofrecía a sus discípulos analizantes este *agalma*, no para analizarlo, sino para degustarlo de manera militante. Y la mayoría de sus discípulos oyentes y analizantes lo aceptaron sin cuestionarlo. Esta vez, nada de comité secreto y anillos de por medio: abiertamente en su seminario se trataba de deconstruir paso a paso la doctrina que habían ofrecido como la ortodoxa los considerados “usurpadores” de la IPA.

³ O como el auténtico productor del objeto del psicoanálisis, según algunos de sus discípulos. Confer. Jean Allouch, “Freud déplacé”, *Littoral*, núm. 14, noviembre de 1984, Érès, p. 10.

Pero no sólo se trataba de una crítica radical y deconstructora; ofrecía a cambio otra manera de ver las cosas desde otros paradigmas teóricos que, por lo pronto, no coincidían punto por punto con los de Freud. Sabemos a estas alturas que todo pretendido *retorno a las fuentes* termina por constituir otra cosa, tanto o más valiosa pero, ciertamente, no idéntica.

Lacan, por la manera específica de afrontar la fundación de la École Freudienne de París, totalizaba todos los lugares, como el de analista privilegiado que además había inventado la sesión de tiempo escandido, la cual le permitía de manera discrecional acortar las sesiones y tener el récord máximo de analizantes; tenía también el lugar definitorio del dispositivo del *passee*, el estatuto de fundador único, el de productor de la teoría, el del maestro indiscutido de su seminario y el de “mártir” de los llamados ortodoxos, a sus bien entrados 64 años.⁴

En esta leyenda del martirio, que sus fieles presentan muy católicamente como excomunión, Lacan evita cuidadosamente analizar la actividad que había desplegado en relación con la piedra de toque que representó la sesión de tiempo escandido, utilizando a algunos de sus analizados para lograrlo e, incluso, conminando a algunos de ellos a mentir ante los enviados por la IPA.

Esta interferencia de los análisis de sus discípulos que Lacan provoca para tratar de hacer pasar el postulado teórico técnico del tiempo escandido, no es un accidente aislado previo a la conformación de la École Freudienne; se trató más bien de la prefiguración de un tipo de liderazgo caudillesco que implicaba, para poderse sostener, la servidumbre admirativa y acrítica de los analizantes, candidatos y discípulos.

Si, como afirma Paul Virilio, “toda tecnología inventa su accidente”, uno de los tantos que inventa el psicoanálisis es el de emitir la teoría que se va a desechar o a contradecir cuidadosamente en la práctica. Al tiempo que en el seminario se proclama el *supuesto saber del analista*, se lo deniega en el saber, no supuesto, de quien lo emite. Cuando por un lado se habla de la falta y del agujero que cruza al discurso político, científico y religioso, quien así lo afirma ocupa todos los lugares y propone un tipo de teorización que busca desarmar e invalidar todas las demás posiciones

⁴ Que considero una edad suficiente para afrontar los efectos de las disidencias sin tener que quejarse demasiado ni acusar a los que no se plegaron a su cruzada de traición.

analíticas, aspirando a una plenitud que hace palidecer cualquier falta que pretenda hacerse presente, justamente en la medida en que pretende hablar desde un lugar privilegiado que puede localizar lo que les falta a todas las otras corrientes analíticas. Es por esta razón que puede lanzarse a la reconquista del testamento freudiano traicionado.

Ese gran teórico y clínico que dice fundar *solo*, decide disolver, *solo* también, la que considera *su* escuela, a la cual se había propuesto constituir a partir de querer normar “todas las instancias [de ésta] sobre la ética del sujeto hablante. [La] escuela del deseo instaurada por un objeto que jamás es ‘eso’” (Certeau, 2003:161). Este postulado ético en el que pretendía sostener su proyecto institucional no podía sino entrar en cortocircuito flagrante con la causa purificatoria que conformaba la otra cara de su proyecto institucional, puesto que, como tal, esa causa sólo podía estar habitada por la plenitud de sus certidumbres y los errores y desviaciones del rival. Por esta razón afirma Michel de Certeau:

Una vez perdida también la legitimidad que la escuela recibía de oponerse a las asociaciones psicoanalíticas reinantes [...] entonces, la escuela de la verdad apareció como lo que era, una institución como las otras, presa de los debates concernientes al “lugar” de los analistas, a las relaciones de fuerza entre ellos y también, problema político igualmente, al “fantasma de omnipotencia” que los habita. Se necesitaba que la práctica y la teoría se arrancaran de la doble escena insular de la Escuela y del diván [para poder encararlas]. ¿Pero cómo tratar estas cuestiones en el nombre de una experiencia que había tenido “por nada” los medios jurídicos de su reglamentación? (2003).

Lacan, al igual que Freud, nunca terminó de comprender la diferencia entre fundar y engendrar. Si bien al psicoanálisis le debemos el haber detectado la configuración fantasmática familiar que habita a las fundaciones institucionales, con sus consiguientes terrores parricidas y matricidas, etcétera –cosa que es de agradecersele–, parecería no haber para él, un más allá de estas configuraciones, y todas las instituciones estar condenadas a ser sólo una extensión del universo familiar.

Entonces, lo que en un primer momento se convierte en aportación

a la fantasmagoría irreductible que conforma lo personal y lo fundacional, en un segundo momento se torna un obstáculo no despreciable para procurar desbordar y relativizar estas representaciones fantasmáticas, y de esta manera poder cambiar el ángulo de su incidencia. Y digo bien desbordarlas y relativizarlas, *porque nunca se termina por eliminarlas*.

El modelo familiar de las instituciones

Es a Sándor Ferenczi a quien debemos la teorización adelantada en 1910, que luego Freud consagró en *Tótem y tabú*. Veamos el postulado central del psicoanalista húngaro:

Las asociaciones, tanto en su principio como en su estructura, conservan ciertas características de la familia [...] Parece que el hombre apenas puede escapar a sus características familiares [...] Por mucho que se aparte con el tiempo de sus costumbres y de su familia [...] acaba siempre por restablecer la situación antigua [...] No se trata de una analogía forzada, sino que es la estricta verdad [...] Nos proporciona una prueba de ello la regularidad con que cualquiera, incluso nosotros los analistas [...] unimos en nuestros sueños la figura paterna con la de nuestro jefe espiritual (Ferenczi, 1981:181-182).

Así como en las instituciones católicas se redobra la filiación en una afiliación familiar espiritualizada, y no de manera gratuita se habla de nuestro padre o madre fundadores, los psicoanalistas, a veces, construyen curiosas genealogías ligadas por la cadena de los análisis: “dime con quién te analizaste y te diré de quién descendes”... Como si el efecto transferencial inducido por el análisis quedara para siempre como impronta y deuda indelebles, y permitiera un desplazamiento del lazo filial hacia una relación que a todas luces nunca lo fue.

Este efecto de ahijamiento no deja de tener consecuencias curiosas en esta singular filiación-afiliación que establecen las instituciones analíticas. El hecho de haber sido escuchado en lo que se considera lo más íntimo durante tanto tiempo tiene en algunos un efecto intimidante, y a menudo queda un dejo de sometimiento. Si además se está en un tipo de institución

con caudillo o caudillos con pretensiones ilimitadas, incluso de sumisión *post factum*, entonces la caída transferencial del que fungió un tiempo como analista resulta muy cuesta arriba.

De lo primero que habría que procurar “desprenderse” es del multicitado modelo familiar-parricida, sin dejar de reconocer al mismo tiempo su *irreductible presencia*. Este desbordamiento de la afiliación familiarizante trae aparejado aquel otro que Michel Tort denomina con pertinencia “la salvación por el padre”:

Un aspecto de la fantasmagoría teórica de la teoría fálica es la atribución al padre de la castración materna, gracias a su pretendido poder separador. Decir que la atribución de la separación [como función del] padre es un fantasma originario, es afirmar que es una representación transitoria y que esta separación imaginaria, fantasmaticada, no debe ser confundida con la separación efectiva de la resolución edípica, en la cual un aspecto notable consiste, al contrario, en el abandono de ese poder prestado al padre (Tort, 2000:93).

Esto que cada cual, en el trabajo individual analítico, sería deseable que tuviera claro, no basta, aunque sin duda ayuda a iluminar uno de los aspectos del lazo institucional. Habría que postular además, intentando sacar las consecuencias teórico-prácticas de ello, que 1) los fundadores no son como padres o madres sustitutos: ¡como si no bastara con los que nos han tocado en suerte!; 2) que además, toda fundación es inevitablemente cofundación, y por lo tanto no se trata de infantes que ni se enteran cuando cofundan; 3) que es posible no entregar el proceso fundacional sólo a los mayores o a los que tengan más saber, dinero o poder; 4) que en las instituciones no existe el incesto, pero sí la posibilidad de instituir normas que pueden construirse en común y cruzar a todos sin excepción; y 5) que, estrictamente hablando, en las instituciones tampoco existe parricidio, a no ser en el imaginario de cada cual, lo que no es de despreciar. Respecto a esto, se puede afirmar sin riesgo de equivocarse de manera flagrante que la mayoría de los fundadores, en lugar de ayudar a establecer eso que algunos psicoanalistas elegantemente denominan la *castración simbólica*, más bien tienden a ocupar todos los lugares. Es por esa razón que uno de los momentos fuertes de toda institución comienza con la operación de acotamiento y limitación de la

expansión de los fundadores, que no de su “parricidio” o “matricidio”.

Entonces, si en el plano institucional no son en general los fundadores los que instituyen normas que los relativicen tanto como a los otros, y les cuesta un enorme trabajo autolimitarse, a diferencia de lo que generosamente postula la teoría del padre simbólico “castrador” de la pobre madre siempre a punto de la simbiosis —con su retoño— o de la psicosis, les tocará a los que no participaron en la cofundación, o la cedieron, o dejaron que les fuera arrebatada, poner los límites a la lúdica perpetuación en los lugares claves, a la que tienden la mayoría de los fundadores.

La gozosa confusión con los lugares que ocupan los emparienta, sin confundirlos, con la manera en la cual los dictadores tienden a ser el lugar que ocupan. Una institución que no logra producir lugares vacíos⁵ marcados por la temporalidad y por reglas de acceso democráticas, más temprano que tarde está condenada a devenir secta.

El modelo fundacional de los pares

Los cinco postulados enumerados arriba necesitan, sin embargo, sujetarse a una corrección parcial cuando el proceso cofundacional se da bajo los auspicios de un grupo de pares que, efectivamente, preceden a los que en su momento van a constituir la segunda generación, pues allí se instaura una diferencia respecto al modelo monoteísta del líder carismático y fundador pretendidamente solitario.

En el caso de las cofundaciones entre pares, el modelo de afiliación familiarista se ofrece como moneda de recambio fácil, con la consiguiente exacerbación de las fantasías parricidas y matricidas cuando se piensa que, en efecto, tocar a la institución, y más específicamente ciertos lugares, para tratar de volverlos vacíos y por tanto intercambiables, es como tocar la amalgama que confunde a los fundadores con su extenso cuerpo institucional.

Pero no se trata sólo de eso; el querer modificar el cuerpo institucional expansivo de los fundadores introduciendo lugares que prescindan de la

⁵ Por lo tanto, no serían propiedad de nadie.

“sustancia” de éstos, coloca fácilmente a los innovadores en una posición de usurpadores que insertan una especie de prótesis en el cuerpo extenso institucional y homogéneo de los pares fundadores; por si hiciese falta, si a los fundadores monoteístas y solitarios tiende a otorgárseles casi “espontáneamente” –por efecto del síndrome familiar incrustado en el imaginario institucional– una precedencia que no tuvieron, en el caso de los cofundadores pares ésta sí existió efectivamente; por lo tanto, las generaciones siguientes tenderán a la reverencia a la que se tiende con quienes llegaron primero.

En resumen, ya no sólo la institución forma parte del cuerpo de los fundadores al que no hay que tocar sin riesgo de transgresiones graves, sino que además se ve reforzado por la precedencia de éstos, lo cual despierta todos los fantasmas de usurpación aderezados de matricidio, parricidio y filicidio.

Salir de este tipo de representaciones afectivizadas cuesta. Y, ciertamente, no es sólo cuestión de un análisis individual de lo “edípico” en cada quien; es preciso un análisis institucional que comprenda las características de los actos fundacionales, de la construcción de otras categorías de percepción no sólo psicoanalíticas y de entender el tipo específico de historicidad institucional que se ha vivido en compañía de los otros en un periodo del campo analítico en su conjunto.

Sería interesante tratar de pensar el proceso fundacional desde dos perspectivas que me parecen complementarias: aquella que Marx trabaja en *El capital* respecto al fetichismo de la mercancía, y la que Freud analiza en el *Moisés y el monoteísmo*.

La primera perspectiva ayuda a reflexionar sobre la supuesta precedencia del fundador en la efectiva cofundación ocurrida, como si –al igual que en el fetichismo de la mercancía– se hubiese engendrado a sí mismo, sin relación social que lo explique. Es desarmando esta representación fetichista fundacional, y haciendo aparecer la especificidad del lazo institucional que permitió su entronización, que se puede cambiar el ángulo de incidencia de la sobreestimación del considerado fundador, minando así la referencia religiosa que lo sostiene. Esto sería más fácilmente aplicable al modelo del fundador monoteísta y solitario, pero también es posible en el modelo de los pioneros pares: una vez que se

sabe cómo cofundaron y el tipo de conflictos que tuvieron, aparecerán como simples mortales sujetos a todas las contradicciones, como los demás, con el “mérito” de haber llegado antes.

La segunda perspectiva, la de Freud, sin duda iconoclasta, permite replantear de manera sustancial la visión, muy poco psicoanalítica, sostenida por el vienés en su *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914). En lugar de un fundador productor de teoría que se presenta como homogéneo, y que además se da el lujo de interpretar a los disidentes utilizando conceptos analíticos descontextualizados, en el *Moisés*, el suelo identificatorio y purificador se resquebraja radicalmente, y también el supuesto de una institución con fundador homogéneo, ya que en el principio no era uno, sino al menos dos. Esto significa que ni en el supuesto del fundador solitario es sostenible una materia homogénea.

En síntesis, entre los tipos de saberes tan distintos que se pretende cultivar en las instituciones psicoanalíticas, que van del saber acerca del inconsciente al saber del propio inconsciente, pasando por el operar sobre las formaciones del inconsciente de otros, queda en general fuera de foco un tipo de saber: aquel en el que se produce el lazo institucional. Este saber es del orden, más que de lo inconsciente, de lo impensado, y para él no alcanzan los elementos producidos por los otros tres saberes, aunque no pueda ni deba prescindir de ellos. El tipo de complejidad que vehicula desborda tanto el dispositivo técnico privilegiado del diván como los paradigmas interpretativos psicoanalíticos de la institución. Pero mientras se siga percibiendo a las instituciones sólo como una armadura vacía en la que suceden las cosas realmente importantes, las relaciones ahí producidas se volverán invisibles o restos desechables.

Posdata

Históricamente, los que entran a formación psicoanalítica dependen en buena medida del país, del momento y de la institución que les toque. Tenemos por ejemplo aquellas instituciones configuradas para no admitir cierto tipo de profesionales considerados extranjeros indeseables y

competidores potenciales a partir de criterios no necesariamente psicoanalíticos, sino más bien de mercado; así, se dio el caso de no admitir en ciertas instituciones de América Latina a psicólogos clínicos, pero sí, curiosamente, a médicos cuya concepción del cuerpo no dejaba de resultar extraña a la teoría psicoanalítica. A su vez, algunos que mantenían esos criterios decidieron no renunciar a formar psicólogos con orientación analítica, ofreciéndoles una identidad, en cierto sentido, devaluada: la identidad PP (psicoterapeuta psicoanalítico), que al cabo de los años se resignificó de una manera positiva, producto en buena medida de las profundas transformaciones en el campo analítico a partir del decenio de 1970 y del tipo de pacientes y candidatos que empezaron a demandar análisis o a querer practicar el psicoanálisis.

También se dio el caso de no saber cómo integrar a psicoanalistas formados con todas las leyes de la ortodoxia de la IPA, quienes al propio tiempo pretendían aplicar el análisis grupal. En ese caso, el conflicto fue en parte de mercado, pero también más teórico, en la medida en que se planteaba la cuestión de si podía considerarse al objeto *grupo* susceptible de ser pensado analíticamente, y de trabajar, sea en grupos de consultorio o institucionalizados previamente. Los primeros eran formados a ciencia y conciencia por el analista que instauraba la oferta; los segundos, con sus lógicas e historia institucional previas, introducían un tipo de complejidad que no podía ser cubierta con suficiencia por la reflexión que se había producido para el primer tipo de grupo.

En el caso mexicano, a mediados del decenio de 1960 tanto la alternativa de formación psicoanalítica de psicólogos con orientación psicoanalítica—la Asociación Mexicana de Psicoterapia (AMP)—⁶ como la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (AMPAG)⁷ quedaron marcadas a hierro con la PP, impuesta por los llamados “ortodoxos”. El caso más llamativo es el de la AMPAG, en el sentido de que quienes ejercían en ese ámbito habían cumplido con los requisitos de formación de sus calificadores, y tenían el plus de la formación analítica

⁶ Más tarde, en 1972, Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica (AMPP), y a partir de 2006, con su ingreso a los rangos de la IPA, Asociación Mexicana para la Práctica, Investigación y Enseñanza del Psicoanálisis (AMPIEP).

⁷ Al principio, Asociación de Psicoanálisis de Grupo.

de grupo. Pero si los analistas de la APM que al mismo tiempo fundaron –o pertenecían– a la AMPAG aceptaron que se le quitara el nombre de psicoanálisis de grupo muy probablemente fue porque ellos mismos no terminaron de poder pensarse como psicoanalíticamente legítimos, y a lo grupal como a un objeto no recortable en su singularidad.⁸

Termino como comencé este escrito: si el saber que engendran los psicoanalistas acerca de su propio inconsciente y el de los otros no necesariamente está a la altura de sus actos personales e institucionales, este saber no por eso se invalida. Pero en cambio, dicho saber muestra su curiosa especificidad, es decir, los psicoanalistas, tan humanos y contradictorios como cualesquiera, pueden darse el dudoso lujo de utilizar ese saber incluso para neutralizarlo como tal. Y no sólo lo pueden neutralizar, sino que, al querer aplicarlo más allá de sus límites, terminan por bloquear los beneficios que les pueden aportar en su limitado pero importante territorio.

⁸ No hay que olvidar que la AMPAG deriva en buena medida del análisis institucional de un convento benedictino en Cuernavaca, el Monasterio de Santa María de la Resurrección, fundado por el prior belga Gregorio Lemercier, quien estaba en análisis con el doctor Gustavo Quevedo. El analista del padre Prior se hizo cargo del análisis grupal, con lo cual, supongo que se provocó una interferencia de liderazgos y transferencias en los monjes, nada despreciable. De lo que se puede saber de esta experiencia –que terminó con la disolución del convento en 1966–, los psicoanalistas de formación freudo-kleiniana no estuvieron a la altura del tipo de complejidad y transversalidad institucional que cruzaba a este monasterio. Sus herramientas eran más las de psicoanalistas grupales de consultorio y las del psicoanálisis individual.

Bibliografía

- Allouch Jean, Confer (1984), “Freud déplacé”, *Littoral*, núm. 14, noviembre, Érès.
- De Certeau, Michel (2003), “Lacan, una ética de la palabra”, en *Historia y psicoanálisis*, UIA/ITESO, México.
- Ferenczi, Sándor (1910), “Sobre la historia del movimiento psicoanalítico”, en *Obras completas*, tomo I, 1908-1912, Espasa-Calpe, Madrid, 1981, pp. 181-182.
- Goffman, Erwing (1972), *Internados. Ensayos sobre la situación de los enfermos mentales*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Lacan, Jacques (1977), “Fundación de la EFP, el 21 de junio de 1964”, *Ornicar?*, núm. 8, suplemento *L'excommunication*, enero.
- Tort, Michel (2000), “La solution paternelle”, en Claude Boukobza (coord.), *Où en est la Psychanalyse?, Psychanalyse et figures de la modernité*, Ramonville, Saint Ange, Érès.